



Joseph Ratzinger, *Fe, verdad y tolerancia. El Cristianismo y las religiones del mundo*, Salamanca, Sígueme, 2005, 237 pp. (traducción del original alemán, *Glaube, Wahrheit, Toleranz. Das Christentum und die Weltreligionen*, Freiburg, 2003).

El conjunto de siete escritos que componen esta obra, provenientes de la pluma del Cardenal Joseph Ratzinger -compuestos entre 1993 y 1999, publicados en varios idiomas en diversas revistas especializadas y compilados en Friburgo en el 2003- han sido traducidos al español recientemente en Salamanca. Una primera lectura por estos manuscritos, nos permite vislumbrar las profundas cuestiones que han suscitado la reflexión del Prefecto de la *Congregación para la Doctrina de la Fe*, actual Papa *Benedicto XVI*, en torno a la fe del cristianismo, a la certeza de la verdad y a la objetividad del bien, cuestiones en las que se hallan íntimamente entrelazados conocimientos que provienen tanto de la teología como también de la filosofía –especialmente la metafísica-, la historia, la moral y el derecho.

En la Homilía pronunciada por el Cardenal en la misa al inicio del cónclave para la elección del Papa, el lunes 18 de abril de 2005, expresó: “Cuántos vientos de doctrina hemos conocido en estas últimas décadas, cuántas corrientes ideológicas, cuantas modas del pensamiento. La pequeña barca del pensamiento de muchos cristianos con frecuencia ha quedado agitada por las olas, zarandeada de un extremo al otro: del marxismo al liberalismo, hasta el libertinismo; del colectivismo al individualismo radical; del ateísmo a un vago misticismo religioso; del agnosticismo al sincretismo, etc. Cada día nacen nuevas sectas y se realiza lo que dice San Pablo sobre el engaño de los hombres, sobre la astucia que tiende a inducir en el error (Cf. Efesios 4, 14). Tener una fe clara, según el Credo de la Iglesia, es eti-





quetado con frecuencia como fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, el dejarse llevar «zarandear por cualquier viento de doctrina», parece ser la única actitud que está de moda. Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que sólo deja como última medida el propio yo y sus ganas”. Palabras que sintetizan las principales problemáticas de la contemporaneidad occidental y que justamente se encuentran, amplia y minuciosamente desarrolladas, en la presente colección.

Para una mejor comprensión de la obra y ateniéndonos al título, podemos distinguir tres cuestiones que atraviesan medularmente el pensamiento de nuestro Pontífice: la *fe* del cristianismo relacionada con la cuestión de la absolutidad de la Revelación y por tanto de su universalidad; la cuestión acerca de la *verdad* objetiva negada por el credo relativista de las filosofías anti-metafísicas y las utopías marxistas; y el análisis de la idea de *tolerancia* -como idea impuesta casi por la fuerza- que refuta toda idea de bien conformando a su vez un nuevo concepto de “libertad anárquica”, cuestión relacionada con la consideración del consenso (voluntad de la mayoría) o la razón “autónoma” -desvinculada de Dios y , por ende, de la verdad de las cosas- como las únicas fuentes de lo jurídico.

De esta manera, vemos que en un orden descendente y relacionados entre sí, se aborda lo que sustenta propiamente a la Fe y Revelación, lo que atañe a la razón y a la filosofía en la cuestión sobre la verdad, y –por último- la moralidad y noción de bien que se deriva de las posturas antecedentes puesto que “*la ética filosófica no puede renunciar a la idea de Dios y no puede renunciar a una idea de la verdad del ser que tenga carácter ético*” (p. 222).

Si la fe cristiana ve en Cristo la única salvación real y, por tanto, la salvación definitiva del hombre, su universalidad surge de “*la certeza de haber recibido el conocimiento salvador y el amor redentor*” (p. 51), verdad objetiva y exterior al hombre, que permite comprender la situación del cristianismo frente a las demás religiones. Distingue al respecto tres posturas. La primera, en relación con la fe de Israel, afirma su carácter provisional y precursora del cristianismo, pero también considera que la superación del mito existente en el politeísmo griego a través de la filosofía, donde la experiencia racional de la realidad –comenzando por los presocráticos y adquiriendo su forma más rotunda en Sócrates y en el diálogo platónico *Eutifrón*- les hizo vislumbrar la incoherencia de la creencia en varios dioses, pudiendo otor-





gar un carácter “adventual” a ese paganismo pre-cristiano, hecho que legitima la relación ineludible entre la fe y la filosofía. Coloca como ejemplo los textos patrísticos que hablan de las ‘semillas de la palabra’ que se relacionan precisamente, no con las religiones, sino con una “piadosa ilustración” que purificó las creencias paganas por la razón, impidiendo toda contraposición entre fe y razón (p. 75 y p. 160).

La segunda postura es frente a la religión de los gentiles que, de acuerdo a la historia espiritual de los profetas, es concebirlas como lo insuficiente, lo contrario a Cristo, lo opuesto a la verdad, en el sentido de salvación ficticia para el hombre. Nuevamente vuelve a citar a los Padres de la Iglesia donde puede leerse la real actitud de los cristianos frente a las religiones paganas –pone como ejemplo la respuesta de San Agustín a la idea de dios del estoico romano Marco Varrón, estudiado en su tesis doctoral (p. 33).

En tercer lugar, señala que el misticismo religioso característico de las religiones asiáticas consiste en una actitud que no tolera por encima de sí ninguna entidad supraordenada considerando como única realidad una experiencia interior de lo divino, desembocando en una idea de divinidad impersonal que niega a su vez la individualidad de la persona humana (el místico se sumerge en el océano de lo Todo-Uno, descrito a veces como la “Nada” –en la teología negativa y en la llamada “Nueva Era”), desembocando en una especie de antigua gnosis (p. 113) o en un irracionalismo o sentimentalismo que imposibilita toda comunicación entre el ámbito subjetivo y el objetivo, desintegrándose lo religioso en lo particularista, donde se busca lo supersiticioso o lo mágico (p. 127).

Ahora bien, precisamente de la negación del cristianismo como fe verdadera y receptora de la salvación querida por Dios para los hombres, se sigue el gran problema contemporáneo respecto de la verdad, problema que se ha situado en el denominado “relativismo”, el cual al poner en duda la pretensión de ser la verdad del cristianismo, *“ha cuestionado la capacidad del ser humano para conocer la genuina verdad acerca de Dios”* (p. 143). Esta crisis gnoseológica ha tenido numerosas vertientes que han llegado principalmente a tres ámbitos que se encuentran en crisis en el presente: la confusión generada en la llamada “oración multirreligiosa”, entendiéndose como la equiparación de todas las religiones y sustentándose en la negación de la divinidad de Jesucristo; la filosofía post-metafísica que en sus dos especies, la marxista y la kantiana, ha sustituido la religión (or-



ortodoxia) por la política (ortopraxis); y la imposibilidad de sustentar una idea de bien objetiva, traducida en una democratización de todas las instituciones, fundamentando lo bueno en el consenso y en una idea de libertad que se opone a todo orden jurídico y moral, sintetizadas en la idea de “tolerancia”. Merece que brevemente nos detengamos en cada uno de estos ámbitos para comprender las vías de solución que propone J. Ratzinger.

En cuanto a los fundamentos teológicos de la oración interreligiosa se pregunta si es posible realizar esto con toda verdad y honradez, esbozando tres criterios de discernimiento: orar juntos sólo es posible cuando existe unanimidad acerca de quién o qué es Dios, el contenido de la oración no puede tener una dirección distinta a las peticiones del Padrenuestro y debe evitarse la interpretación que considera a las religiones como intercambiables, sustituibles unas por otras.

Respecto a la filosofía que niega toda metafísica ha señalado principalmente dos consecuencias. En primer lugar a la filosofía kantiana que al querer hacernos creer que nunca podemos ver la realidad en sí misma, sino únicamente su manifestación en nuestra manera de percepción, niega que lo Absoluto pueda darse en la historia por lo que la divinidad de Jesucristo es rechazada como recaída en el mito. Con ello, la Iglesia, el dogma y los sacramentos, pierden igualmente su carácter absoluto, postura que es atacada como de fundamentalismo surgiendo un nuevo concepto de diálogo, que pone a la propia posición al mismo nivel que las convicciones de los demás, concepto que considera la quintaesencia del credo relativista y como antitético a los conceptos de “conversión” y de misión.

En segundo lugar, la primacía de la praxis (ortopraxis) sobre el conocimiento (ortodoxia) es consecuencia de la negación de la metafísica: donde el conocimiento resulta imposible (donde no tiene importancia el misterio), entonces lo único que queda es la acción (la política ha de convertirse en religión). Además la utopía marxista que erigió a la política como redención –encarnada en la teología de la liberación-, sigue estando presente bajo nuevas formas, y el fracaso de los regímenes de inspiración marxista, como fracaso del sistema único para la solución de los problemas, fomentó aún más el nihilismo.

En el último de los escritos titulado “*La verdad, la tolerancia, la libertad*” (1995) se pregunta si la tolerancia y la fe son opuestas mostrando que lo verdadero y lo bueno no pueden separarse, que si no

podemos conocer la verdad acerca de Dios, entonces permanece también inaccesible la verdad acerca de lo que es bueno y de lo que es malo, completando esta problemática con la concepción moderna de la libertad concluyendo luego de un recorrido por la historia que “la libertad anárquica, entendida en sentido radical, no redime, sino que convierte al hombre en una criatura malograda, en el ser sin sentido” (p. 211). También señala que la civilización tecnológica no es neutral –aunque aparente serlo- desde el punto de vista religioso y moral, ya que ha transformado las normas y las pautas de comportamiento, modificando radicalmente la interpretación del mundo (p. 69).

De este modo, concluye con la puesta en duda de tres nociones sustentadas como ciertas actualmente: la comprensión de una libertad que considera únicamente como liberación la disolución cada vez mayor de las normas y la constante ampliación de las libertades individuales; el mito del “mundo futuro liberado” sustentado por la idea de un estado absolutamente ideal y de los conceptos de “cambio” y “revolución”, el sueño ilusorio de la absoluta autonomía de la razón y de que ésta se baste a sí misma, y a su vez, las religiones patológicas como la enfermedad más peligrosa de la mente humana, ya que “los sistemas ateos de la Edad Moderna son los ejemplos más aterradores de una pasión religiosa alienada en cuanto a su esencia íntima... Donde se niega a Dios, no se edifica la libertad, sino que se la priva de su fundamento y de esta manera se la distorsiona” (p. 222).

DÉBORA RANIERI DE CECHINI